

# LA PREDICACIÓN DE LEY Y EVANGELIO

## *Entregando los Dones*

TIMOTHY QUILL

Varios años atrás me encontré con un exasperado reclutador de misioneros del Sínodo que estaba volviendo de una entrevista con un seminarista. El reclutador se lamentaba de la educación teológica de nuestros seminarios. Se quejaba: “recién vengo de una entrevista con un estudiante. Le pregunté: ¿cuál es la parte más importante de la gran comisión? ¿Sabes lo que me respondió? ‘¡Toda autoridad!’ ¿Qué les están enseñando a esos muchachos? Entonces le volví a preguntar de nuevo. Esta vez me dijo: ‘el nombre.’ ¿El nombre? ¿Qué significa el nombre? ¡No sabe que la palabra más importante es ir! ¡ir! ¡ir!”

Traté de sugerir al frustrado reclutador una posible explicación en defensa del estudiante, que obviamente ignoraba aquellas cosas que están a la vanguardia en la misiología de hoy. “Tal vez estaba pensando que ‘donde está su nombre está Él.’ Ya sabes, es como dice la introducción del himnario luterano: “decirle a Él lo que nos ha dicho primero, repetimos lo que es más verdadero y seguro. Lo más verdadero y seguro es su nombre el cual puso sobre nosotros con el agua del Bautismo. Somos de Él....Donde esté su nombre, ahí está Él.” No, eso no parecía satisfacerle.

Entonces intenté otra táctica. Tal vez sintió que “toda autoridad” era la parte principal por ser las primeras palabras de la boca de Jesús, es decir, si Jesús estaba hablando inglés en aquel tiempo- podríamos suponer, transculturalmente hablando- que era groseramente insensible.

¿Cuál es la palabra más importante? Tal vez la pregunta en sí misma es una trampa que nos atraparé y expondrá nuestra agenda particular. Todos debemos ser cuidadosos para no escoger la palabra que más se adapte a nuestras necesidades particulares o “visión del ministerio.” Todas las palabras son importantes. Ignorar, evitar o disminuir cualquiera de las palabras de nuestro Señor es disminuir a Cristo. Disminuir a Cristo es la definición de Lutero para Herejía.

¿Cuál es la primera palabra? No “ir.” Tampoco “toda autoridad,” sino ἐδόθη. Es el pasivo “ha sido dado.” La primera palabra de las palabras de nuestro Señor en la institución del sagrado ministerio, es una palabra don.

“Para que haya un regalo tiene que haber dos.” Uno no puede darse un regalo a uno mismo.<sup>1</sup> Hay uno que da o entrega el regalo y otro a quien el regalo le es dado. Jesús es el que se da a sí mismo y el que da los dones. Aunque fue el eterno Hijo de Dios, no por eso Jesús se encargó por sí mismo de hacer la obra de salvación, sino que fue elegido y enviado por el Padre para hacerlas. Esto es lo que dijo Dios a través de su profeta Isaías: “¡Aquí está mi siervo, mi escogido, en quien me complazco!” (Is. 42:1). El Padre lo dijo de nuevo en el bautismo de Jesús y en el Monte de la Transfiguración.

Jesús frecuentemente se refería a sí mismo como siervo (ej., Mc. 10: 41-45). Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento identifican frecuentemente a Jesús como el Siervo-Mesías.<sup>2</sup> Lo que demasiado a menudo se omite es la palabra “elegido.” Él fue el Siervo elegido. Al igual que sus apóstoles, pastores y personas. Charlas sobre Siervo son muy populares en las iglesias en estos días. A veces uno oye a personas demandando el derecho de ser siervo. Ser un siervo no implica aún estar viviendo en la libertad del evangelio. Por eso, uno debe ser un siervo elegido. No importa cuán altruista o humilde es uno; ser simplemente un siervo es vivir bajo la ley. Elegido es la palabra que libera al siervo de los lazos de la ley y lo inicia en la libertad de evangelio. En las palabras de institución del Santo Ministerio oímos a Jesús decir: “Como el Padre me ha enviado, así yo los envío” (Jn 20:21). En Mateo 28:18-19: “Y Jesús vino y les dijo (a los once): ‘Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra, por lo tanto cuando lleguen a donde vayan, hagan discípulos de todas las naciones...(por medio) bautizando y enseñando.’”

Ἐδόθη viene primero. Todo acerca del oficio del sagrado ministerio, *das Amt der Predigt*, sigue el modelo de don o gracia, que ha sido dado libremente y no puede ser ganado, merecido, demandado o tomado por la fuerza.

Después de ἔδόθη viene ἐξουσία, autoridad. Autoridad aquí no es el poder de la ley. Esta es κατέξουσία,<sup>3</sup> que es diferenciado de ἐξουσία por Jesús en Marcos 10:42-45:

Pero Jesús los llamó [a los discípulos que estaban discutiendo sobre quién se sentaría cerca de su trono] y les dijo: “Como ustedes saben, los gobernantes de las naciones las dominan (κατακυριεύουσιν αὐτῶν), y los poderosos les imponen su autoridad (κατεξουσιάζουσιν αὐτῶν). Pero entre ustedes no debe ser así. Más bien, aquel de ustedes que quiera hacerse grande será su servidor, y aquel de ustedes que quiera ser el primero, será su esclavo. Porque ni siquiera el Hijo del Hombre vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.”

Después de ἔδόθη viene πάσα ἐξουσία, toda autoridad en el cielo y en la tierra. Este es el tipo de autoridad que el Hijo del Hombre poseía. Jesús se aplicó este título a sí mismo. A Daniel le fue dada una visión del Hijo del hombre “viniendo con las nubes del cielo. Él se aproximó al Anciano de Días y fue llevado a su presencia. Y a él le fue dada autoridad (ἐξουσία),<sup>4</sup> gloria y poder soberano....Su dominio es un dominio eterno que no será destruido.” (Dn 7:13-14).

Es esta autoridad que viene del mismo trono del Anciano de Días que autoriza a Jesús a servir y dar su vida como rescate por muchos. Jesús nos dice esto de nuevo en el Evangelio de Cuarto Domingo de Pascua: “Nadie la toma [mi vida], sino que yo la pongo por mí mismo. Yo tengo autoridad (ἐξουσία) para ponerla y para volverla a tomar. Este es el mandamiento que recibí de mi Padre” (Jn 10:18).

Este no es el concepto de autoridad que la mayoría de las personas asocia con la palabra. Para considerar a la palabra “autoridad” como importante no implica tener un “complejo” de poder. La autoridad de la cual Jesús está hablando en las palabras de la institución es la que autoriza al pastor/predicador hacer lo que le ha sido dado para hacer. ¿Con qué autoridad un hombre se para frente a la congregación y dice: “Yo te perdono todos tus pecados”? Con la más alta autoridad. “Yo te perdono...en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.” Otra vez está el tema del nombre. Donde está el nombre, está Él. Es Dios mismo que está presente, perdonando pecados. Esas cosas son también centrales y esenciales para cualquiera que considerara entrar en el campo misional o elaborar una así llamada estrategia misional.

Reclamar el poder para perdonar pecados sin la autoridad de hacerlo no sólo es arrogante y audaz, sino blasfemia. También es impío rechazar perdonar los pecados del arrepentido, lo que Dios mismo ha autorizado y enviado a hacer. “Arrepentimiento y perdón de pecados debe ser predicado en su nombre a todas las naciones” (Lc 24:47). “Si tu perdonas los pecados a alguien, ellos están perdonados; si retienes los pecados de alguien, son retenidos” (Jn 20:33). Esto lo hacemos en la santa absolución y también en la predicación. Como dijo Lutero: predicar no es otra cosa que dar la santa absolución. Así como los dones son entregados en la Cena del Señor, así son entregados en la predicación.

Pero hablemos de la palabra *liturgia*. Esta palabra no significa propiamente un sacrificio, sino más bien el ministerio público, y concuerda adecuadamente con nuestra creencia, a saber, que es un ministro que consagra las ofrendas de cuerpo y sangre del Señor para el resto de la personas, así como es un ministro que predica los dones del evangelio a las personas, como dice Pablo: 1 Co 4:1: “Ténganos los hombres como ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios,” es decir, del evangelio y los Sacramentos. Y 2 Co 5:20: “Así que somos

embajadores en nombre de Cristo, y como si Dios les rogara a ustedes por medio de nosotros, en nombre de Cristo les rogamos: Reconcíliense con Dios” (Ap XXIV, 80).

¿Cuál es el efecto sobre el pastor/liturgista/confesor/predicador que entiende que la entrega de los dones, está sucediendo cuando dirige la liturgia y predica un sermón? ¿Cómo las palabras que escogemos y las frases que formamos, estarán determinadas por nuestra comprensión del oficio y llamado, y por nuestra comprensión de autoridad? Escogeremos las palabras con cuidado porque sólo podemos estar seguros de su autoridad si ellas son sus palabras. Esta autoridad sólo es segura y efectiva en la medida que digamos las cosas que el Señor ha autorizado a decir. Las adiciones pueden parecer mejorar la ejecución, pero agregar a la palabra de Dios es herejía.

“El arrepentimiento y perdón debe ser *predicado a todas las naciones*” (Lc 24:47). Dos puntos importantes deben señalarse en las palabras “predicado a todas las naciones.” El predicador usa palabras. La doctrina de la eficacia de la palabra debe ser adecuadamente entendida. La frase preposicional “a todas las naciones” indica que obra de la misma forma en todas partes. La *verba* de Marcos también incluye ambos puntos: “Vayan a todo el mundo y prediquen el evangelio a toda la creación.” De la misma forma Mateo incluye “todas las naciones,” y la tarea es llevada a cabo por los sacramentos y la enseñanza. Los medios son la palabra y los sacramentos. Como dice la introducción del Himnario Luterano: “Su Palabra otorga lo que dice.” ¿Qué impacto produce esta comprensión en la composición y conducción de la liturgia, o sobre escribir y predicar el sermón? Es a la vez aterrador y reconfortante.

“Su Palabra hace lo que dice.” Aunque esto es muy profundo, aún no llegamos al punto de decir el evangelio. Que su palabra hace lo que dice es verdad tanto para la ley como para el evangelio. Si te declara culpable, eres culpable delante de Dios. Si te declara justo, lo eres ante la presencia de Dios. De esa manera el predicador no solamente habla acerca del perdón de los pecados sino que lo entrega. Él es el medio de Dios a través de cuyos labios vienen los medios de gracia del Señor. Si no hay labios, no se habla. Si no se habla, no hay palabras. Si no hay palabras, no hay nada para escuchar. Si no hay nada para escuchar, no hay fe. Si no hay fe, no hay salvación.

Porque todo el que invoque el nombre del Señor será salvo. Ahora bien, ¿cómo invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán si no hay quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados? ... Así que la fe proviene del oír, y el oír proviene de la palabra de Dios (Ro 10:3-15, 17).

Su palabra hace lo que dice. Da salvación eterna. Entrega el contenido salvífico de la fe (“la palabra de Cristo”) y da la fe para recibir este don. Lo hace porque donde la palabra está, está el Espíritu Santo. Jesús sopló sobre ellos y dijo: ‘Reciban el Espíritu Santo. Si perdonan los pecados de alguien...’” (Jn 20:22-23). Sin soplado, no hay palabras. Las personas muertas no respiran y por lo tanto no hablan. El Señor Jesús que estaba en aquel lugar estaba realmente presente. Era el Señor resucitado, así que sopló y ellos recibieron su aliento-Espíritu y también las palabras de su aliento y Espíritu-sin colocar una coma aquí. Donde está su palabra, allí está el Espíritu Santo. Mientras el ministro tenga el aliento para hablar las palabras del Señor de perdón y juicio, el Espíritu Santo estará allí para engendrar la fe “cuando y donde le plazca” (AC V). “El Espíritu Santo puede apartarse del hombre, pero nunca se apartará del oficio.”

Pararse en el púlpito con la comprensión de que vamos hablar su palabra y que su palabra hace lo que dice es una cosa impresionante. Decir que su palabra hace lo que dice equivale a decir lo que

hemos aprendido en las dogmáticas cuando estudiamos la eficacia de la Escrituras. Robert Preus en su clásico texto sobre *La Inspiración de la Escritura* lo resume muy bien:

No sólo es el objeto o propósito del *verbum profétikon* lograr efectos espirituales, sino que su obra real es lograr tales obras en el hombre: la Palabra de Dios no es meramente un *signum*, un signo que señala el camino a la vida eterna, sino un medio de gracia ordenado para provocar efectos espirituales y eficacia hasta el final. El Evangelio no nos ofrece simplemente justicia y salvación, no sólo nos invita a aceptar a Cristo y entrar en su Reino, sino que verdaderamente nos confiere estas grandes bendiciones, nos vivifica y nos hace partícipes del reino de Cristo. “Ustedes han nacido de nuevo, no de semilla corruptible sino de una incorruptible, por la Palabra viviente y eterna de Dios” (1 Pedro 1:23).<sup>5</sup>

Las palabras de nuestro Señor, que él coloca en tu boca para que sean dichas, hacen todo esto desde el púlpito. Preus más adelante agrega: “porque el poder de la Palabra es poder real, sus efectos son efectos reales. El poder de la Palabra penetra hasta el mismo corazón del hombre, lo convierte, regenera y lo cambia completamente en su *interior*” (el énfasis es mío).<sup>6</sup> Aquí vemos en marcado contraste cómo la palabra de Dios del evangelio difiere con las palabras del hombre y aún la palabra de Dios en la ley.

Aprendimos todo esto durante nuestros días en el seminario. Es bueno desempolvar estas cosas con regularidad. Vivimos en un mundo atareado que demanda resultados. La tentación es dejar los textos teológicos en el estante e ir en busca del último libro de bolsillo “cómo hacerlo, siete pasos, métodos probados” porque contienen las así llamadas cosas prácticas que funcionan “allí en el mundo real.”

Pero la teología luterana es la cosa práctica y funciona *coram Deo* (en la presencia de Dios n.t.). Para ser pastores luteranos debemos tener en mente la doctrina de la eficacia de la palabra y las Escrituras cuando preparamos nuestros sermones, elegimos nuestras palabras y formamos nuestras frases. Cuando nos paramos en el púlpito podemos hablar con autoridad aún sin haber tomado alguna vez clases de teatro, aunque nuestra estatura no sea 1,98 mts., ni tengamos una voz de mando y la apariencia de Charlton Heston interpretando a Moisés. Cuando el más pequeño, humilde, inseguro y de voz débil pastor se para en el púlpito y habla lo que el Señor le ha dado para hablar, detrás de él hay un altar y el trono del Anciano de Días preparado con el cuerpo y la sangre del Cordero que ha prometido: “Yo estaré con ustedes siempre hasta el fin del mundo.”

Los pastores no son labios sin cuerpo, sino hombres completos. Todo lo de nuestro cuerpo y talentos están involucrados en la tarea de la predicación desde nuestra cabeza hasta nuestros hermosos pies que traen las buenas nuevas (Ro 10:15). ¿Utiliza Dios nuestra sonrisa, sinceridad, encanto, humor, intelecto, entrega y otros talentos para entregar sus dones? Puede que sí o puede que no, aunque es seguro, gracias a Dios, que él se encarga de que su trabajo sea hecho. Es un misterio que Dios haya elegido a instrumentos frágiles y débiles como los pastores para ser los medios a través de los cuales sus medios de gracia son administrados. Dios elige las cosas débiles y humildes, las cosas despreciadas del mundo para avergonzar a los fuertes. Esa era la locura del evangelio de un Cristo crucificado que fue predicado por el apóstol Pablo, que vino “en debilidad y temor” y con mucho temblor. Mi mensaje y mi predicación no fueron con sabiduría y palabras persuasivas, sino con demostración del Espíritu de poder, de manera que vuestra fe no descansa en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios” (1 Co 2:3-5).

Esto no quiere decir que el inspirado apóstol carecía de palabras y que eludió la dura disciplina del pensamiento teológico y bíblico. La tarea de la predicación no es hecha en el vacío. “Ocurre dentro de contextos; de variados contextos.”<sup>7</sup>

La predicación se da dentro del contexto bíblico (y contexto pericopal), el contexto teológico y confesional, es decir, el contexto de la doctrina del Sagrado Ministerio y de la Santa Iglesia, el contexto de la ley y el evangelio, y el contexto litúrgico. Sacar el sermón de alguno de esos contextos es una invitación a la herejía.

La tarea de la predicación es también hecha dentro de un contexto lingüístico. En un artículo titulado “Predicación Luterana: Proclamación, No Comunicación,” Robert W. Schaibley presta considerable atención al contexto lingüístico. Él concluye:

El modelo de la comunicación es ofrecido ahora como una mejor forma de entregar *información y mover a los oyentes a la acción*, especialmente a la luz de esta nueva era en la vida del oficio pastoral dentro de nuestro Sínodo, la era en la cual el pastor es forzado a decir, junto con el ahora difunto Frank Borman: “tenemos que ganar nuestras alas cada día.” El modelo de comunicación en verdad es una concesión a este punto de vista minimalista en relación con el oficio pastoral, ya que legitima el proceso sinérgico de “compartir” la verdad.”<sup>8</sup> (Énfasis agregado.)

Pero esta es una solución equivocada para la predicación luterana. Proclamación, no comunicación, es la solución para la crisis en nuestros púlpitos. La proclamación entrega un paquete diferente que el abordaje proposicional del modelo de información o el abordaje relacional de ese mismo modelo. El modelo de proclamación es uno de perspectiva por naturaleza, entregando la perspectiva de Dios de la revelación.<sup>9</sup>

Si tú crees que la entrega de información y el mover a los oyentes a la acción es el propósito del sermón, entonces el modelo de comunicación se ajusta a ti. ¿Qué es lo que diferencia el sermón de una clase sobre la Biblia e historia de la iglesia, o de un discurso motivacional sobre ser un buen ciudadano? Esto no quiere decir que el sermón no debería entregar información y “cambiar vidas.”. Esto quiere decir que el sermón luterano es más que entrega de información y motivar a los oyentes a hacer más buenas obras. Las buenas obras nunca se terminan y nunca son suficientes. ¿Cuándo uno tiene suficiente información sobre los sangrientos detalles de la crucifixión o tiene suficiente información sobre el quién, dónde y cuándo de las apariciones de Jesús en la resurrección?

Para aquellos cuerpos eclesiásticos que niegan los medios de gracia como realmente entregando los dones y el Espíritu de Dios, el modelo de comunicación es efectivo en lograr sus objetivos. Para esas denominaciones, la predicación no entrega el perdón de los pecados; en el mejor de los casos, la palabra y sacramentos ofrecen la seguridad del perdón de los pecados.

Para un pastor luterano: “Su palabra hace lo que dice.” Este hecho es evidente en el Bautismo, el cual es rechazado por los Bautistas. El poder de la palabra para dar lo que dice se muestra claramente en la Santa Absolución, la cual horroriza a la iglesia-shopping evangélica que tropieza dentro de la iglesia luterana. El visitante podría aún intentar pasar a la Cena del Señor haciendo teología a la manera moderna---“Esto es cualquier cosa que quieras que sea o creas que sea.” Pero si él logra superar una descuidada política sobre quienes pueden participar en la comunión, puede aún ser sorprendido por las palabras del pastor: “toma y bebe, esto es la verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo, derramada para el perdón de tus pecados. “¿Pero qué pasa con el sermón? Aquello también es un medio de gracia. Es útil considerar al sermón en su contexto sacramental y a los sacramentos como sermones concretos.

Los modelos que son generados principalmente para “entregar información” e “impulsar a la acción” serán siempre atractivos para el predicador y los oyentes, porque por su naturaleza, esos dos modelos se prestan para ser medidos. El evangelio, sin embargo, no puede ser medido. Es siempre inconmensurable. El evangelio siempre entrega más de lo que necesitamos o deseamos. La ley siempre acusa. En la teoría lingüística existe un gran interés en cómo opera el lenguaje. El lenguaje

hace que sucedan las cosas. El lenguaje es performativo. El presidente dice: Envíen aviones de combate.” Con su autoridad la palabra (orden) se pasa de rango en rango dentro de las filas. El resultado final es que los ejércitos y ciudades sienten el poder y la ira de ese presidente. Caen las bombas, las personas mueren o son mutiladas. Su palabra hace que las cosas pasen. La palabra de un presidente puede entregar ayuda gratuita a tribus hambrientas del África. ¿Tiene el presidente el poder de hacer lo que dice? Si. Uno simplemente ve los resultados y con una mirada hacia atrás percibe la cadena de mando que no puede ser rechazada. Su poder e ira no pueden ser rechazados. Su ayuda gratuita puede ser rechazada.

Algunas de las palabras de Dios no se pueden rechazar, como cuando creó los cielos y la tierra. Las estrellas no pudieron decir no queremos ser creadas. Este es la manera en que opera la poderosa ley de Dios. Algunas palabras de Dios pueden ser rechazadas. Las palabras del evangelio pueden ser rechazadas. Si rechazamos el don del evangelio, entonces él trata con nosotros por medio de la ley—la forma en que su ira no puede ser rechazada. La predicación luterana no nos habla acerca de rendirse a Jesús. Uno sólo se puede rendir ante la ley, la cual opera por la vía de la coerción y no se puede rechazar. Uno no se rinde a Jesús y su evangelio. Él sólo puede ser recibido como un regalo.

La teoría lingüística ofrece ideas claras sobre la forma en que el lenguaje opera. La teoría performativa del lenguaje, sin embargo, es incapaz de explicar qué sucede cuando las palabras de nuestro Señor son usadas en contra de nosotros. Su palabra hace lo que dice. Esto opera bajo la forma de un regalo, es decir, bajo la vía de la fe. El hombre es declarado justo. Lo que el evangelio ofrece es creído y recibido. La fe viene por el oír la palabra de Cristo, no por examinar los resultados. De esa manera, la proclamación evita usar aditivos que dan la falsa impresión que se puede trabajar a partir de los resultados observables y concluir que la palabra de Dios funciona. Aditivos racionalistas construyen sermones de resurrección sobre las “cinco pruebas de la resurrección”—Josh McDowell y compañía. Los pietistas contemporáneos usan aditivos emocionales—profundas y conmovedoras experiencias de fe en que el oyente es guiado a mirar hacia atrás a partir de la subjetiva experiencia de la palabra. “Oh, sí, ‘la palabra hace lo que dice,’ lo siento en mi corazón, lo veo en mi vida de fe.” Sermones “efectivos” de cuaresma describen gráficamente los detalles de la crucifixión de nuestro Señor y las personas responden: “Oh, pastor, me sentí como si estuviera allí.” La liturgia y el sermón del Servicio Divino de jueves Santo tienen el aditivo de la representación de la Última Cena. Pero la eficacia de la Sagrada Escritura es un artículo de fe, no de vista. No podemos pensar o sentir nuestra retrospectiva en el tiempo y encontrar consuelo, fortaleza y perdón de pecados visitando el Calvario. Nuestro Señor no distribuye el perdón allí. Esto él lo hace en tiempo presente a través de los medios de gracia.

## CONCLUSIÓN

Como pastores escribimos y predicamos sermones con ley y evangelio porque somos ministros llamados y ordenados de Jesucristo en un oficio divinamente instituido (“Para obtener tal fe Dios instituyó el oficio del Sagrado Ministerio,” CA V).

Comenzamos con las palabras del Señor de la institución del Sagrado Ministerio. Allí uno tiene las cosas fundacionales, las cosas ciertas---el *qué* y *dónde* de la iglesia y el ministerio. Desde el mandato dominical, la *verba Domini*, nos trasladamos a la *doctrina apostolorum* para más instrucciones.

Los dones son dados a la iglesia por los hombres escogidos de nuestro Señor. Hombres que son Don entregan dones. Tanto al oficio como al hombre en el oficio se les da forma y método por el evangelio/don.

Después de los dones viene la palabra *autoridad*, y esta autoridad se entiende en relación con los dones. No es una autoridad como la entendemos en el mundo (reino de la mano izquierda), es teología de la cruz, no una teología de la gloria. Nadie se arroga el dar las cosas santas a menos que

le haya sido dada autorización para hacerlo por el Señor. Hacerlo así es arrogancia, no humildad. El pastor llamado y ordenado procede con su tarea de enseñar y predicar con la completa confianza que la autoridad por la cual habla proviene de Aquel sobre el cual no existe autoridad mayor. No estamos autorizados a hablar nuestras propias palabras o ideas, sino las palabras del Señor— “enseñándoles a que guarden todo lo que yo les he mandado.”

Somos siervos de la palabra. “su palabra hace lo que dice.” Cuando predicamos la palabra de Dios, estamos seguros que Dios está presente, el Espíritu Santo está presente y su poder está presente para hacer aquello de lo que la palabra habla---matar y dar vida, provocar arrepentimiento y fe, entregar los dones del perdón, vida, santidad, victoria sobre el pecado y la muerte, y vida eterna--- todo lo cual es recibido por la fe inspirada por el Espíritu.

La obra del Espíritu Santo y la obra de la Palabra de Dios no son dos obras ni la mera unión de dos operaciones distintas, sino que una sola obra...El Espíritu Santo no hace una cosa y la Palabra otra, al llevar adelante el propósito de salvación de Dios en el hombre...es sólo en virtud del hecho de que Dios está en la Palabra que esta Palabra tiene el poder de lograr cualquier cosa espiritual. La Palabra carece de poder si Dios no está presente en ella. Todo esto es muy importante. Si el Espíritu está separado de la Palabra de Dios, ya no es más Palabra de Dios. Y porque Dios está siempre con su palabra, el poder de la Palabra es el poder de Dios. Finalmente, la Palabra es poderosa simplemente porque es la Palabra del mismo Dios, porque su autor es Dios y no los hombres, porque es inspirada por Él. Porque es la Palabra de Dios, Dios no puede ser separado de ella.<sup>10</sup>

El Autor de la Palabra autoriza, es decir, da autoridad al predicador, para predicar sus palabras. Cómo el predicador elige sus palabras y forma sus oraciones estará determinado por su entendimiento del evangelio/don, autoridad, el oficio/*Amt*, y cómo obra la palabra (eficacia divina).

En la novela *El Martillo de Dios* del obispo Bo Giertz, el pietismo llevó finalmente al pastor Linder a desesperar de su propio estado espiritual y el de su congregación. A través de correspondencia con un pastor luterano confesional, Linder fue llevado finalmente a descubrir la verdadera libertad del evangelio. El pastor Linder visitó entonces al temerario y joven pastor Henrik Savonius, que también había sido devastado por la incertidumbre e hipocresía del camino del pietismo. Todas las arrugas de la cara morena del pastor Linder expresaban deleite mientras explicaba:

Antes, estaba desesperado por mi gente...y de su impenitencia. Ahora veo que esto era porque seguía pensando que todo dependía de lo que debíamos hacer. Cuando vi tan poco de verdadero arrepentimiento y victoria sobre el pecado, la impotencia se deslizó dentro de mi corazón. Conté y sumé todo lo que ellos hicieron, y ni el más mínimo porcentaje de la deuda había sido pagada. Pero ahora veo que esto ya está hecho, y veo que la deuda total está pagada. Ahora, por lo tanto, yo cumplo con mis deberes como lo haría un guardia de la prisión que lleva en su bolsillo una carta de perdón para todos sus criminales. ¿Te sorprende entonces por qué estoy tan feliz?<sup>11</sup>

Nosotros llevamos adelante nuestra tarea con una carta de perdón en el bolsillo como si fuera la llave de las celdas de una cárcel. La tarea dada a aquellos en el Sagrado Ministerio es determinada por nuestro Señor en Juan 20:23: “Si le perdonan a alguien sus pecados, serán perdonados; si no se los perdonan, no serán perdonados.” Como un guardia de una prisión podemos atar y soltar (Mt 16:19). Tal es la admirable naturaleza de los medios de gracia. Tal es la admirable tarea de predicar ley y evangelio: entregando los dones.

## NOTAS

---

<sup>1</sup> En la confesión y absolución oramos a Dios por perdón de pecados, pero no pronunciamos el perdón sobre nosotros mismos. Esto le ha sido dado al pastor para que lo haga. Cuando oraos individualmente, podemos y debemos pedir por perdón, pero de nuevo, no podemos nosotros perdonarnos a nosotros mismos. Note en la oración de la tarde de Martín Lutero como el cristiano finaliza el día yendo ante el trono de Dios y pidiendo por perdón. Pero de nuevo, el don del perdón no es auto administrado.

<sup>2</sup> Ver los cuatro cantos del Siervo Sufriente de Isaías (42:19; 49:1-7; 50:4-11; 52:13-53:12). Mateo cita el primero y el cuarto canto (8:17; 12:18-21); Juan el cuarto canto (12:38). Un nombre destacado para referirse a Jesús en los primeros sermones de Pedro es Siervo (Hechos 3:13, 26; 4:27, 30). Se pueden encontrar muchos otros ejemplos.

<sup>3</sup> Werner Foerster, “κατέξουσία” *Theological Dictionary of the New Testament (Diccionario Teológico del Nuevo Testamento)*, trad. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids: Eerdmans, 1964), vol. 2, p. 575.

<sup>4</sup> El texto griego de Teodoción para Daniel usa ἀρχή, principio, primero, lo que yo les dije desde el mismo principio, origen, causa primaria, poder gobernante, autoridad, gobernante. Es interesante que el texto de Daniel de la LXX usó ἐξουσία.

<sup>5</sup> Robert Preus, *The Inspiration of Scripture: A Study of the Theology of the Seventeenth Century Lutheran Dogmaticians (La Inspiración de las Escrituras: Un Estudio de la Teología de los Dogmáticos Luteranos del Siglo Diecisiete)* (Mankato, MN: Lutheran Synod Book Company, 1955), p. 172.

Preus destaca muchos pasajes en la Escritura que hablan de los efectos de la palabra de Dios y prueba que esta palabra tiene el poder de obrar y realmente provocar efectos espirituales. A la palabra se le atribuye el poder de *convertir y regenerar* (Sal 19:8-9; Jer 23:29; 2 Ti 2:25; 1 Pe 1:23; Heb 1:18; 1Co 4:15; Gl 4:19), para *otorgar fe* (Jn 1:17; 17:20; Ro 10:17; 1 Co 3:5; Col 1:5-6; 2 Pe 1:19), para *purificar* (Jn 15:3) para *vivificar* (2 Co 3:6; Ef 2:5; Flp 2:16; Hch 5:20), para *justificar* (Ro 3:27-28), para *santificar* (1 Pe 1:22), para *renovar* (Ef. 4:23), para *preservar en la gracia y fe* (1 Pe 5:10), y para *salvar* (Jn 5:24; 39; 6:68; 1 Co 1:21; Hch 11:14)—p. 174.

<sup>6</sup> Preus, p. 173.

<sup>7</sup> Robert W. Schaibley, “Lutheran Preaching: Proclamation, Not Communication,” (Predicación Luterana: Proclamación, no Comunicación”) *Concordia Journal* 18 (January 1992), pp. 6–27.

<sup>8</sup> Schaibley, p. 15.

<sup>9</sup> Schaibley también destaca: “¿Cuál es la diferencia de manera precisa entre ‘comunicación’ y ‘proclamación’? Ambas actividades tratan con las personas; ambas involucran una conexión entre el que habla y el oyente, ambas proponen un mensaje; aunque las diferencias entre ambas actividades son grandes...

“La comunicación opera dentro de lo que podríamos llamar un marco “sinérgico”. La comunicación requiere de la cooperación del oyente; sin esta cooperación no hay comunicación. La comunicación apela a la razón reflexiva para su consentimiento. De esa manera, el esfuerzo por la comunicación es establecer un dualismo que *reviste al oyente con un poder epistemológico*. El oyente viene a ser parte en el litigio del que resulta la comunicación. (El oyente llega a ser “Juez” en el modelo de comunicación.) El oyente tiene el poder para decir: “Lo que yo sé y veo que es verdad, esto afirmo; lo que no se o veo que sea verdad, lo niego.” Obviamente un oyente tiene siempre ese “movimiento” si se quiere, pero en el marco del modelo de comunicación, donde el veredicto del oyente es “esto lo niego,” la comunicación ha fallado.

“La proclamación requiere la presencia (obviamente), pero no necesariamente la cooperación del oyente; aún sin esta cooperación, la proclamación sucede (asumiendo que el Evangelio ha sido expresado). La proclamación no apela a la razón reflexiva para su consentimiento. Proclamación es revelación y, como muy bien lo destaca von Loewenich, ‘la revelación se dirige a la fe, no a la vista, no a la razón reflexiva.’ La proclamación al no apelar a la razón, no opera en un nivel dual y no le da el poder al oyente de ser el árbitro final en la comunicación de la verdad. El oyente hasta puede decir: ‘esto yo lo niego.’ Pero la proclamación aun así ha ocurrido donde la Palabra del Evangelio ha sido proclamada, y allí, como lo confesamos públicamente, ‘el Espíritu Santo es dado, y él obra la fe dónde y cuándo le place a Dios’” (pp. 13,14).

<sup>10</sup> Preus, pp. 184–185.

<sup>11</sup> Bo Giertz, *The Hammer of God, (El Martillo de Dios)* trad. Clifford A. Nelson (Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1960), p. 123.



- 
- *Traducción desde el Inglés del artículo de la revista LOGÍA, Octubre, Volumen III, Número 4 del año 1994. La temática de todo este número se desarrolla bajo el título: "Predicación y Catequesis". Traducción efectuada por el Rvdo. Carlos Schumann, Febrero 2017. Propiedad de Academia Lutero.*
  - *Puede ser usado con permiso citando la fuente y su autor.*